

Al soplo de los vientos sometida.
Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen
Puentes soberbios, muelles elevados:
Que sus raudales retorcidos gimen,
Del espolon macizo quebrantados;
Que mil bajeles la cerviz le oprimen,
De riquezas y crímenes cargados.
Del mar vecino la amargura siente,
Imágen tuya, oh senectud doliente.
Ya la cerúlea espalda, amedrentado,
Ve al ponto inmenso, que sorberle espera.
Ya solícito escucha y aterrado
El continuo rugir de la onda fiera:
Ya á su pesar camina arrebatado
Al tablazo extendido, donde muera:
Ya la mar le recibe dividida;
Y así, Fileno, acaba nuestra vida.

XI.

A TIRSI.

El temor de lo venidero es inútil.

Desprendióse áquilon del polo umbrío:
Ya lento el arroyuelo
Corre apénas, cuajado el cauce frío
En prisiones de hielo;
Y la flor, que, de perlas salpicada,
Á su orilla crecía,
Marchita, entre la nieve sepultada,
Su belleza natía.

Ya el labrador en reja brilladora
Trueca el pértigo ardiente,
Y tras la tarde yunta de la aurora
Mira la luz naciente.

Abre en tendido sulco el almo seno
A la fecunda tierra;
Y entre la nieve, de esperanza lleno,
Pródigo el grano encierra.

Y espera el fruto á su industrioso anhelo
En mieses abundosas,
Cuando Mayo gentil al fértil suelo
Vierta encendidas rosas.

Mas ántes ¡ay! que en la vernal morada
Del Aries nazca el día,
Tal vez su vida y su esperanza amada
Segará parca impía.

Último invierno, Tirsi, el hado triste
Dará á tu vida acaso
El que ora en tempestad sañuda embiste
Los piélagos de acaso.

Saber el fin que decretó el destino,
No es dado á los mortales:
¿Qué vale, Tirsi, con temor mezquino
Aumentar nuestros males?

Reine en tu pecho el plácido alborozo,
Y el necio afán alanza;
Ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo
Por dudosa esperanza.

La edad caduca por fatal sendero
Vuela á la tumba oscura.
Goza el tiempo que es tuyo; el venidero
¿Quién, Tirsi, lo asegura?

XII.

A DALMIRO.

Deben abandonarse los cuidados.

(Imitación de Horacio.)

¿Qué te importa, si el galo belicoso
Vence, Dalmiro mio,
El Rhin soberbio, ó en el Alpe helado
Tremola sus pendones victorioso,
Ó si el britano impio,
Del orbe separado,
Los piélagos altera
Y llena de terror la playa ibera?

¡Ah! ¡Cuán pequeño afán á nuestra vida

Impuso el justo cielo,
Cuando con blanda voz naturaleza
Á gozar de sus dones nos convida!
No, pues, el vano anhelo
De la infausta riqueza,
Ni el inútil cuidado
De hoy más perturbe el pecho sosegado.

Si: que la juventud cual leve viento.

Huye precipitada,

Y la árida vejez con planta odiosa

Huella la flor más tierna, de su aliento,

De su albor despojada.

No igual la luna hermosa

Muestra siempre el semblante,

Ni igual despide el sol su luz brillante.

¿Por qué, pues, con empresas superiores

Á la flaqueza humana

El ánimo caduco fatigamos?

Cifne ¡oh Dalmiro! de olorosas flores,

Cifne la sien ufana;

Y mientras que gozamos

De nuestro Abril florido,

Las penas enojosas da al olvido.

Y riberas del Bétis delicioso

Alegres discurriendo,

En grata unión á la amistad divina

Entonemos el himno sonoro:

Y luégo el manso estruendo

De fuente cristalina,

La noche y Filomena

Convidarán á la quietud serena.

XIII.

A ALBINO.

La felicidad consiste en la moderación de los deseos.

(Imitación de Horacio.)

Descanso pide al cielo el navegante

Cuando entre niebla oscura

Se oculta Febo, ni su luz brillante

Da cierta Cinosura.

Descanso pide el galo belicoso,

Domador de naciones:

Descanso el anglo, cuando el mar undoso

Discurren sus pendones.

Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,

Dulce Albino, lo adquiere,

Ni cuantas perlas y oro Febo cria

Adonde nace y muere;

Sino el parco vivir, la sobria mesa,

El pecho descuidado,

Que la ambición no aguija, ni embelesa

El interés malvado.

Y el dócil corazón, que blando cede

Á la fortuna ciega,

Y entre el placer, que grata le concede,

Olvida el que le niega.

¿Por qué en deseos el mortal destruye

La breve edad que alcanza,

Y en pos del bien mentido, que nos huye,

Anhela la esperanza?

¿Por qué otro sol buscando y otras tierras

Inquieto, di, te agitas?

Si de la amada patria te destierras,

A tí jamás te evitas.

Goza el placer, que próspera natura

Te ofrezca sin desvelo;

Templa con blanda risa la amargura,

Que te destine el cielo.

¿Quién es feliz en todo? Si al contento

Va la desgracia unida,

Halaga con el bien tu pensamiento,

Y el mal futuro olvida.

Febo te dió su lira numerosa;

La virtud un amigo:

Rompe la venda á la ilusión dañosa

Y vive ya contigo.

XIV.

Invocacion del poema de Lucrecio, *De rerum natura*.

Madre de los romanos, alma Vénus,
Deleite de los hombres y los dioses,
Que el navegable mar, la tierra fértil,
Procuradora de los frutos, llenas
Con tu nombre divino; tú, que el orbe,
Que los astros girantes señoreas;
Tú, por quien se conciben los vivientes
Y á la luz pura de los cielos nacen,
Tú el Aquilon sañudo, tú la bruma
Del escarchado invierno al polo ahuyentas;
Que apénas apareces, la morada
De Cérés brota flores, te sonríe
El extendido ponto, y resplandece
Con blanda llama el sosegado viento;
Y cuando la rosada primavera
Abre las puertas del fulgente día,
Y el amoroso Céforo, rompiendo
La prision del ocaso, halaga el mundo,
El coro volador de dulces aves
Anuncia tu llegada, el tierno pecho
Herido con tu arpon; rebaños, fieras,
Por entre alegres hierbas van saltando;
Pasan ligeras los veloces rios,
Y el atractivo del placer siguiendo,
Do quier las llamas obedientes vuelan.
Tú el blando amor esparces, ya en los campos,
Que pinta el ledo Abril, ya en las montañas,
Ya en los senos del piélagos rugiente.
De amor llenas la selva; «amor» resuenan
Las frondosas mansiones de las aves;
Y así del sér la llama fugitiva
Por tu divino influjo se propaga.
Inspira tú mi acento, tú, que el mundo
Y la natura mandas; nada amable,
Nada alegre es sin tí; nada del día
Goza sin tí la refulgente lumbre.

XV.

PODER DE LA IMAGINACION EN EL SUEÑO.

(Traducción de Delille.)

Así en continua acción la fantasía
Discurre á su placer; pinta, engrandece
Y produce fecunda. Cuando al orbe
Tiende la quieta noche el negro velo,
Y duermen vientos, piélagos y selvas,
¿Quién no siente su activo poderío?
Cual resuena vibrante el duro bronce,
Aun despues de pulsado; cual la barca,
Impelida una vez de fuerte brazo,
No olvida el remo y sobre el agua vuela,
Así aun en la quietud se agita el alma,
Á los impulsos que sintió obedecer,
Y la noche en sus cuadros copia el día,
Y eco los sueños son de las ideas.
El pincel delirante á veces une,
Separa á veces sin razon ni tino,
Y muda y desconcierta los objetos;
Como en el claro espejo de las ondas
Vemos pintarse el inclinado tronco
Superior á su copa, la alta nube
Por el profundo abismo circulando,
La tierra bajo el agua, los corderos
En la mansion del pez, y los arroyos
Corriendo por la bóveda del mundo;
Mas el alma del cuadro no varía.
Sofiendo el orador, divide en partes
Su sermon y fastidia al auditorio.
Sofiendo el juez, por la chillante rueda
De una elocuencia bárbara arrullado,
Duerme en el tribunal; sueña el ministro,
Y su desden y gravedad ensaya,
Y extiende al memorial la corta mano;
En sueños el actor sobre la escena
Su acción despliega y su mirada firme;

En pos corre el autor del consonante,
Y de la liebre el cazador; descubre
El avaro infeliz nuevos tesoros;
Sueña el grande veneras; y al mendigo,
Benéfico Pentievre, el llanto enjugas.
Del caro amigo, cuya ausencia llora,
El amigo en sus sueños ve la imágen;
La hora recuerda, reconoce el sitio
En que la acerba y triste despedida
Con silencioso lloro prolongado,
Inmóviles sus ojos le siguieron.

¿Describiré el delirio de un amante,
Y aquellos dulces sueños, que enriquece
Con ilusiones plácidas Morfeo?
Palpitando el amor y la esperanza
En su anhelante seno, ve y escucha
La celeste beldad que lo enamora.
Sobre el clavel purpúreo de sus labios
Muere el desden, y nace blandamente
La lánguida sonrisa del cariño....
Mira, ¡oh felicidad! mira sus brazos,
Sus regala los brazos extenderse,
Y en amorosos nudos rodearle....
Recibe el beso ardiente del deseo....
Tiembla bajo la mano encantadora
Que lo acaricia.... El refulgente día
Envidiará al nacer, oh noche oscura,
Tus prestigios; ¡qué mucho, si en el néctar
Del dulce amor empapas tus beleños?

XVI.

A ALBINO.

Tú del sacro Helicon, mi dulce Albino,
Ascendiste á la cumbre soberana,
Y fuiste en ella honor del almo coro;
Para tí su divino
Mirto Vénus ufana
Cultivó entre los nácares y el oro;
Y si imitas de Apolo el sacro acento,
Y de su noble aliento
Celebras la victoria
En desusada lira,
El refulgente ramo de la gloria
Que adora el Bétis, por tus sienas gira.
Mas no por igual senda el dios de Delo
A la inmortalidad pródigo guia
Cuantos bebieron la Castalia fuente;
Cual el templado cielo
Canta y la selva umbria
Y del manso arroyuelo la corriente.
Cual de celeste ardor arrebatado,
Levanta el vuelo osado,
Y el soberano asiento
De Júpiter temido
Describe audaz, y el vasto firmamento,
A su voz poderosa estremecido.
Cual las revueltas haces, y el horrendo
Carro de Marte, y la homicida guerra,
Y el asta de Belona ensangrentada,
Y el pavoroso estruendo
Con que al mortal aterra
La trompa, por las madres detestada.
Cual el dulce solaz de los pastores,
Los tranquilos amores
Dirá y el ocio blando;
Y cual del generoso
Baco, la copa alegre vaciando,
Celebra agradecido el dón precioso.
Mi musa no las rosas y aletías,
Que halaga ledo con raudal sonoro
El Permeso apacible, altiva quiere;
Ni orientales rubies,
Ni las coronas de oro,
Que Febo á sus alumnos repartiere.
Si modesta viola, malva errante
O girasol amante
Tejieren mi guirnalda,
Entonces tu glorioso

Triunfo del Pindo en la canora falda
Admirado veré, mas no envidioso.

XVII.

Á FILENO.

El sosiego de la virtud.

¡Oh mil veces feliz quien del profano
Vulgo no conocido,
Burla de la ambición el dardo insano,
Y se acoge al retiro apetecido!
La paz, oh mi Fileno,
La paz lo halaga en su amoroso seno.
Y respirando el aura deliciosa
De la santa alegría,
Gozoso y grato en voz armoniosa
Himnos entona al Hacedor del día,
Cuando del rojo Oriente
Eleva Febo la encendida frente.
Y cuando al ocultar su lumbre pura,
La noche sosegada
Va descubriendo entre la niebla oscura
De luces mil la esfera iluminada,
Canta el poder divino,
Que señaló á los astros su camino.
¡Ah! no en vano á su vista resplandece
La tierra engalanada
Con las riquezas que al mortal ofrece;
Su alma pura, de gozo enajenada,
Recibe el dón precioso,
Y humilde adora al bienhechor glorioso.
No la homicida trompa á los furores
Y á las lides lo inflama,
Ni del pérfido dios de los amores
Arde en su pecho la funesta llama;
Tú, virtud, sola eres
La fuente perenal de sus placeres.
¡Hija del cielo! tu favor divino
Podrá serle negado
Al que contrario y bárbaro destino
Arranca del sosiego suspirado,
Ligándolo inclemente
Con duro lazo á la perversa gente?
¡Ah! no; vierta en el mundo su veneno
La maldad orgullosa;
Del varón justo el no manchado seno
Será de la virtud morada hermosa;
Y aquel sagrado abrigo
No violarán ni el crimen ni el castigo.

XVIII.

LA GLORIA DE LOS HOMBRES BENÉFICOS (1).

Reina ya en nuestros climas; la ribera,
Beneficencia santa, te convida
Del olivoso Bétis, do florida
Se complace la amable primavera;
Aquí do reverbera,
Cayendo en occidente,
La amortiguada luz del sol hermoso,
Erige, erige el trono venturoso,
Y triunfa eternamente.
Héroes de paz y bendición, la gloria
Os ceñirá de plácidos laureles;
No con manos sangrientas y crueles
Los robará la bárbara victoria,
Ni mostrará la historia
De innumerables hombres
Sobre el campo los restos hacinados;
Ni de su sangre y maldición cargados
Vuestros angustos nombres.
Difundís del saber la lumbre clara,
De la virtud los celestiales dones;
Y graba en los humanos corazones

(1) Leída en junta general de la Sociedad patriótica de Sevilla, en 24 de Noviembre de 1800.

El dulce amor vuestra memoria cara,
Allí el cielo os prepara
Más grato monumento
Que cuantos sobre el campo devastado
La mano erige del feroz soldado
Al vencedor sangriento.

A vuestra voz confuso desaparece
El ocio y el error: do espino rudo
Pobló las vegas, entre el hielo agudo,
Ya la naciente espiga reverdece.
Al labrador ofrece
La selva engalanada
Entre colgantes flores fruto opimo,
Ya de la hojosa vid pende el racimo
En la roca escarpada.

Por vos el sabio á la mansion ardiente
Se eleva de la luz, madre del día,
Y del celeste giro la armonía
Audaz revela á la admirada gente.
En el nítido oriente
Señala la áurea cuna,
Do nace el sol tras la rosada aurora,
Y el desigual semblante, que colora
A la argentada luna.

O cuando de Aquilon la nave herida,
Del mar desierto en la escollosa playa,
Rotas velas y antena, incierta vaga,
De las hinchadas olas combatida,
La senda ya perdida
Al marinero yerto
Señala en el fanal que el polo luce,
Y de la cara patria lo conduce
Al suspirado puerto.

Por vos el genio á la natura hermosa
Vencedor roba el misterioso arcano,
Y noble dón del cielo soberano,
No se adornece en languidez ociosa.
La juventud fogosa
Busca en las sábias lides (2)
El verde lauro del pastor de Anfriso;
Por vos no envidia Bétis al Iliso
Sus Hiparcos y Euclides.

¡Ah! si á la hiedra de Helicon luciente,
De mi cítara humilde pompa altiva,
Minerva entrelazó la sacra oliva,
Del ramo que á Newton cifió la frente,
Vuestro es; el pecho ardiente
En juvenil anhelo
De excelsa gloria y de saber ardía;
Y con el premio, que los genios cria,
Me ensalzásteis al cielo.

Y tú, amable niñez, dulce esperanza,
Dulce amor de tu patria, ¡cuán piadoso
De vuestro labio de carmin gracioso
Admite Dios el himno de alabanza!
Dios de bondad, tú lanza
Al denegrido averno
El vicio, y en mil hierros oprimido,
Jamás de la inocencia el fementido
Empañe el lustre tierno.

Mas ¿veis? ¡O bien encanto delicioso
Me engaña? Yo la miro; ledo brilla
Entre el amado coro, que acaudilla,
Mas que de humana su semblante hermoso.
Ora del Pindo umbroso
Sobre la lira mía,
Blandas rosas, lloved: la virtud canto;
Resuene en Helicon su nombre santo
Con más grata armonía.

Elisa (3), salve, oh tú, de nuestro suelo,
Del Bétis dulce gloria. Salve, amada
Siempre y digna de amor; tú fuiste dada
A nuestra patria del benigno cielo.
Por ti su justo celo

(2) La Sociedad propoñó premios anuales á los discípulos más sobresalientes de las tres clases de matemáticas, que estaban á su cargo.

(3) La señora Marquesa de Paradas se habia consagrado á la educación de la niñez en una de las tres amigas gratuitas erigidas por la sociedad. Tan noble ejemplo, seguido por otras señoras, contribuyó poderosamente á mejorar la educación del bello sexo.

Anima el virtuoso;
Y al ver de la bondad la imágen pura,
Tiembala el crimen audaz, y en noche oscura
Se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas
El fuego que tu pecho ha consumido.
Tal vez, amante esposo, complacido
Verás embellecer sus puras llamas
A la beldad que amas,
Y con blanda sonrisa
Dirás feliz: «la cándida inocencia,
La dulce paz, la celestial prudencia
Adoro en ti de Elisa.»

Vive feliz, y si á la lira mía
Triunfar del tiempo audaz fué concedido,
Tu gloria vivirá libre de olvido
Desde la aurora hasta do muere el día;
Y mientras la fe pia,
El ánimo elevado
Y la bondad no odieren los mortales,
Cual nuncio de favores celestiales
Será tu nombre amado.

Hijos de Apolo, ¡y la gallarda frente
Doblaréis más ante el guerrero injusto?
¡Postraréis á sus piés el lauro augusto,
Que habeis cogido en la Castalia fuente?
De Gradivo inclemente
Olvídese la ira,
Oh virtud, por tus cándidos pendones;
Abrase vuestros nobles corazones
El fuego que me inspira.

Las trompas arrojad: de Pirro alabe
Otro y de Aquiles los funestos nombres:
Mi lira, bienhechores de los hombres,
Sólo cantar vuestras hazañas sabe;
Y mientras Delio acabe
Su perpétua carrera
Del mar de Iberia en las espumas frias,
Vuestra gloria inmortal dirán los días
A la edad venidera.

XIX.

LA FELICIDAD PÚBLICA (1).

Sobre las cuerdas de mi lira vuela
El cántico del bien, ora que tiende
La dulce paz sus blancos pabellones,
Y de la adusta frente los guerreros
El yelmo ensangrentado desenlazan.
Héroes de maldición, el hierro impio
Y el tronante cañon dejad; la tierra,
Ya sacciada de sangre y de ruinas,
Dichosa ser sin vuestra espada anhela.

Y tú, felicidad, del alto cielo
El más precioso dón, mi acento mueve;
Enseña por mi voz á los mortales
El arte de gozar; y la hermosura
De la santa virtud brille á sus ojos:
Cual otro tiempo á cándidos pastores
En la dorada edad tú amanecías
Con los primeros rayos de la aurora,
Y al derramar los sueños deliciosos
La oscura noche, libres de cuidados
En tu materno gremio reposaban.

¡Por qué el hombre olvidó la ley suave
Que le dictaste entonces? El deseo
Del bien de los demas; por qué no anida
En el humano corazón? Mortales,
Sólo á este precio lograréis la dicha.
¡Quién me diese exhalar del pecho mio
El fuego bienhechor que lo consume,
Y en los helados ánimos lanzarlo!
Tú, ambición del poder; tú, del averno,
Pálida envidia, reina; tú, vil ódio,
De insaciables serpientes devorado;
Vosotras, pestes del horrendo Erebo,
Al patrio abismo huid; libre la tierra

(1) Leída en junta general de la Sociedad patriótica de Sevilla en 24 de Noviembre de 1802.

De la ominosa hueste, en el humano
El ya feliz humano se complace.

Labra, oh natura, en tu escondido seno
El hierro bienhechor; labra, no temas;
Que no ya el hombre en homicida punta
O alfange corvo trocará tus dones;
Ni sepultado en el amigo pecho
El pérfido puñal, horrorizadas
Gemirán tus entrañas maternas;
Mas convertido el mineral precioso
En reja aguda, de la hermosa tierra
Penetrará los escondidos senos,
Y hará brotar la fuente de abundancia,
Desde las altas sierras desatados,
Derramarán el germen de la vida
Sobre las vegas los fecundos rios;
No ya enrojecerá la sangre humana
Su raudal puro, ni Eco en sus riberas
Del bronce asolador el estallido
Lanzará flébil al remoto golfo;
Mas el sonido de la dulce avena
Y el canto del amor sobre sus ondas
Resbalará tranquilo; el Euro leve
Lo llevará, cuando la aurora nace,
Desde los labios del pastor querido
Al redil de su bien; dulce el Favonio,
Cuando el sol muere, en sus purpúreas alas
Lo halagará, y á la canción suave
Sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto á la fecunda madre
La prole de su amor; no de su gremio,
Del gremio maternal el hijo insano
Se arrojará tras el fantasma impio
De gloria funeral, ni de la trompa
El ronco són aterrará sus lares.
Cual la robusta encina, que vegeta
Desde el antiguo siglo, no insultada
Del huracan, verá los dulces hijos
A su lado crecer. Firme y profunda
La virtud en sus ánimos se asienta,
Como el monte que estriba sus raíces
En las bases del mundo. El padre amante
Sobre la esteva del arado espera
La risa matinal, Trabajo y premio
Son su felicidad; el verde prado
Da á su rebaño pasto delicioso
Entre las bellas hijas de la aurora;
Sobre su frente, del sudor cargada
Y de la honrosa ancianidad, tranquilos
Se multiplican del placer los días.

Mas ¡cuál prora veloz el ancho golfo
Rompe en sulco espumante? La alegría
Y el bien lleva á las márgenes remotas,
Y el bien traerá á los campos de su patria,
Pacífico habitante de la cuna,
Do en los brazos del Euro nace el día,
Goza tranquilo tan feliz morada.
No, Ganges, tus riberas florecientes,
Ni tu sacro raudal enrojecido
Verán los dulces pueblos de la aurora.
Y vosotras, mansiones del ocaso,
Que veis templarse en los inmensos mares
El carro abrasador, que dora el cielo,
No temais; no ya viene la alta nave,
De muerte, luto y destrucción preñada,
A espigar de cadáveres los campos
Y á trocar sangre y crímenes por oro.
Sólo viene pacífica á ofreceros
Los dones que derrama la natura
En los prados del Bétis. Las riquezas,
Que el abismo del piélago espumoso
Y el fiero Noto separó del hombre,
En busca suya vuelan á otros climas
Bajo las alas de tranquila popa.
Así el mortal, fundando su ventura
En la dicha comun de sus hermanos,
Une en lazo de paz entrambos orbes.

¡Dulce ilusión! vosotros, oh felices,
Oh gloriosos varones, de la patria
A un tiempo la esperanza y la delicia,
A vosotros el cielo ha concedido
Dar vida á mi ilusión, Sientan las almas,

Del bien comun y de virtud sedientas,
Brillar sobre las márgenes del Bétis
Un nuevo sol de nueva edad de oro.
Haced bien, instruid; que agradecida
De la posteridad la inmensa prole
Esculpirá en el templo de la gloria
Vuestro nombre y loor. «Aquél primero,
Dirá, sembró de refulgente lumbre
La senda del deber, y las lecciones
Del mutuo amor dictaba á los mortales.
Aquél de nuevos gérmenes poblaba
Las patrias vegas, y el vigor nació
Su genio agricultor enriquecía
De la fecunda tierra. Sobre el Findo
Se sació aquél de la inspirante onda,
Y cantó la virtud y los solaces.
Cuál la balanza que equilibra el mundo
Enseñaba, y la fuerza que arrebató
Al sol ardiente el pálido Saturno,
Y entre argentadas lunas lo sostiene.
Y cuál, en fin, con sobrehumano acento
A la admirada juventud corria
El velo del emperio; *Dios, mortales,*
Un Dios de amor vuestro destino rige;
El dulce amor es la virtud hermosa,
Y eternidad de amor será su premio.»
Así dirá; y en el sepulcro frío
Vuestros callados manes escuchando
Las bendiciones de la edad futura,
Gozarán otra vez del bien que hicieron.

XX.

EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA (1).

¡Ay! ¡cuándo brillarás, felice día,
En que estreche el humano
Con el humano la amorosa diestra?
¡Cuándo será el momento que destierre
A la olvidada historia
El grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
El dón más delicioso,
Del misero mortal desconocida,
¡Adónde, adónde fijarás tus aras,
Cuando en tu fuego ardiente
Se purifique la malvada gente?
¡Ah! ¡desciende; tu santo trono sean
Rendidos corazones,
Y la virtud tu sacrificio; extiende
El cetro bienhechor, que te confía
El Hacedor del mundo,
Y llena el orbe de tu ardor fecundo.
¡Oh tantas veces tanto suspirada
De las almas sensibles,
Y apenas á sus votos concedida!
Vén; contigo la paz, la tolerancia
Y la amistad hermosa
Embellezcan la tierra ya dichosa.
Que asaz de sangre retiñó su acero
El fanatismo impio,
De la máscara hipócrita velado;
Asaz quemó su antorcha asoladora,
A la ambición prestada,
Del inocente la infeliz morada.
Sí, yo los vi; ¡los monstruos! de ira ardiendo,
Sedientos de venganzas,
Invocaron á un Dios de mansedumbre;
En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozarse volaron los mortales.
¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!
¡Oh cavernas del Alpe!
¡Oh noche infanda de delito y muerte,
En que el furor sagrado y la perfidia
Y la ambición insana
Las Galias inundó de sangre humana!

(1) Leída en una sociedad de beneficencia.

Y tú, ¡oh España, amada patria mía!
Tú sobre el solio viste,
Con tanta sangre y triunfos recobrado,
Alzar al monstruo la cerviz horrenda,
Y adorado de reyes,
Fiero esgrimir la espada de las leyes.
¡Execrables hogueras! allí arde
Nuestra primera gloria;
La libertad comun yace en cenizas
So el trono y so el altar. Allí se abate
Bajo el poder del cielo,
Del libre pensamiento el libre vuelo.
¡Dónde correis, impíos! ¡qué inhumana,
Qué sed devoradora
De sangre y de suplicios os enciende?
¡No veis en esa víctima sin crimen,
Que la impiedad condena,
De la patria la misera cadena?
Y ¡qué, grande Hacedor! ¡en nombre tuyo
Siempre el mortal perverso
Degollará y oprimirá? Creando,
Cuales su corazón, un Dios de ira,
¡Volará á las matanzas
Invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¡qué grito por la esfera umbría
Desde la helada orilla
Del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
Y vuela al mediodía
Y al piélago feliz do nace el día.
Sí; que una vez el Hacedor benigno
Dijo: *Que la luz sea,*
Y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
Y desde el Tajo hasta el remoto Ganges
Desplómase al abismo
Las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz; ya destruido
Ves el imperio horrendo
Que levantó el error; ya se oscurece
Al celestial aspecto de la lumbre
La abominable hoguera,
Que un diluvio de sangre no extinguiera.
¡Ay! que ya del Océano saliendo
La lumbre bienhechora,
Por los iberos campos se dilata.
¡Ay! que ya las riberas inundando
Del levítico Bétis,
Llega á las playas últimas de Tétis.
Mas ¡oh! ¡dónde se fija? ¡oh santiario
Por siempre respetable,
Otro tiempo espelunca de furoros!
Sí, santa luz; do tus reflejos miro,
Allí con luz sombría
De la superstición la antorcha ardia.
Ardía, sí; y los hombres engañados,
Que deslumbró su fuego,
Allí mismo la muerte fulminaban,
En tu nombre, oh Señor de las piedades;
Allí, allí los insanos
Degollar meditaban sus hermanos.
Y la calumnia, como sierpe astuta,
Que sus vestigios borra,
La víctima inocente sorprendía;
Y pérfida de Témis la balanza
Oprimió al acusado
Con el peso de un Dios de furia armado.
Ese lumbroso oriente, ese divino
Raudal inextinguible
De saber, de bondad y de clemencia,
Fue trono de feroces magistrados,
Cuya justicia impía
Vengar de Dios la injuria presumía.
¡Olvido eterno á su crueldad! y sea
Castigo á tanto crimen
El perdón, que las víctimas conceden.
Si es posible, tu velo, oh tolerancia,
Sepulte sus errores,
Y tú, prole futura, los ignores.
Hijos gloriosos de la paz, el día
Del bien ha amanecido;
Cantad el himno de amistad, que presto
Lo cantaré gozoso y reverente

El tártaro inhumano
Y el isleño del último Océano.

XXI.

Epístola á Jovino, elevado á una magistratura.

Ya en fin, Jovino, los serenos días
De la virtud renacen; ya alentada
Con el favor de la justicia angusta,
Asciende al santo solio y se corona;
Al solio, tanto tiempo disputado
Por la perfidia vil, que horribles sañas,
Negra calumnia y alevoso hierro
A la inocencia y probidad opuso.
Tiempo infeliz aquel, dulce Jovino,
Que el mérito temblando caminaba
Al debido esplendor, por entre puntas
De no evitadas flechas, que á tu seno
Apestó infame y escondida mano.
Mas la virtud, en cuyas santas aras
Un puro corazón siempre ofreciste,
Tus vacilantes pasos dirigía;
Y el puñal venenoso y las saetas
De ti apartó su impenetrable egide.
¡Ah! tal vez densa y horrorosa nube
Vomita al aire el pálido Aqueronte,
Que en raudo remolino sube al cielo,
Y se afirma en los mares; desde el polo,
Cual descogido velo, al austro ardiente
En las alas del Noto se despliega.
En vano la acomete el tibio rayo
De la naciente aurora, que perdido
Entre sus sombras vencedoras muere,
Y á los mortales ojos huye el día.
Mas pronto desde el Ganges se desata
El Euro volador, que ante su rostro
La extendida tiniebla va ahuyentando;
Y partiéndola en rápidos celajes,
La arroja triunfador al seno oscuro
Del remoto Occidente; el sol rosado
Muestra benigno la encendida frente,
Y postrado el mortal la luz bendice,
Y al dador de la luz gozoso adora.
Tropa feroz, de la virtud divina
Enemigos jurados, su luz santa,
No el sañudo rencor, no la calumnia,
Que en vuestro labio anida, no la envidia
Eclipsarán, ni la impiedad funesta,
Que reina de los vicios coronada,
Á nuestro siglo reservó el averno.
Procede su esplendor de aquella lumbre,
Inaccesible á vuestra fiera audacia;
Y el blasfemo furor presume en vano
Manchar el sol de sempiterna vida.
El inspira en el pecho virtuoso
Soberano vigor; del mundo impio
No la horrible amenaza lo acobarda,
Ni lo eleva el favor. Manso, apacible
En la prosperidad, libre y contento
En la adversa fortuna, nunca pierde
El puro norte que sus pasos rige.
Abre el malvado la funesta huesa,
Do el justo caiga, en la ignorada vía,
Y con ramaje pérfido la encubre.
Del sendero fatal mano invisible
Aparta al inocente; el ciego lazo
Del vil insidiador será la tumba.
Sí, mi Jovino; la virtud hermosa
Hoy por ti triunfa; de la santa Astrea
Oráculo veraz, da tú á los hombres
El reinado feliz de la justicia.
¡Venturoso el mortal cuyo destino
Del labio justo pende! No en el oro
Fundará su orgullosa confianza
El magnate inmoral que al pobre insulta;
Ni el favor ambicioso los delitos
Sepultará del malhechor ilustre.
Seguro y sin temor el calumniado
Verá á su juez, y en el sereno rostro
Las señas llevará de su inocencia,

Temblando en tanto el impostor perjuro.
No abatida la frente el pobre humilde
Ante el avaro, llorará vendida
La misera heredad de sus abuelos
En precio de la usura, ni los hijos
Mendigarán, ni la doliente esposa
Vil sustento al autor de su ruina.
Mientras sus brazos del vigor natío
Gocen robustos, la pequeña tierra
Con el útil sudor bañará alegre,
Y rey de su heredad, al cielo santo
Benedecirá sobre el precioso fruto.
Mas ¡venturoso tú, que en paz tranquila,
Útil á los mortales y á ti mismo,
El precio sentirás de la existencia!
No en purpurado solio, ni á un vicioso,
A un turbulento pueblo tú presides,
Mas do mora en sencillos corazones
La amistad no manchada, el amor blando
Y la dócil piedad: allí le plugo
A la virtud el erigir su trono:
Allí debes reinar; ¡qué á ti el insano,
El confuso rumor de las ciudades,
Donde el hombre, ignorante de sí mismo,
Corre, engañado por la vil caterva,
La senda del placer, hasta que halla,
Término inevitable, su ruina?
¡El justo acaso en la mansion del crimen
Aspirará á mandar? ¡Podrá ser útil
En la guarida horrenda de los malos
Quien sólo á la virtud rinda homenaje?
Cual en oculta selva donde moran
Rapaces lobos, tierra corderillo,
Que inocente se entró por la espesura,
Tiembra á la vista del feroz rebaño,
Y del pavor cogido, sin defensa,
La no dudosa muerte quieto aguarda;
Resuena el bosque con alegre aullido,
Y los voraces dientes rechinando,
Cada cual por su presa lo señala;
El justo, así, que inadvertido llegue
Do reina la maldad, víctima triste
Caerá inmolada al odio ó á la envidia.
¡Ah! no la gloria de enmendar los hombres
El móvil es de los que aspiran ciegos
Al supremo poder; la ambición sola,
La funesta ambición sus pasos guía.
¡Qué espíritu ominoso, desatado
Del seno del Erebo, á los mortales
Inspiró el ansia del sangriento solío?
Ese de gloria asolador fantasma,
Que ocupa con su sombra el universo,
Y que el menor desastre vuelve en humo,
¡Quién el primero lo mostró á la tierra?
El ronco són de la homicida trompa
Tras sí arrebató al héroe, y al combate
Cual sangriento león se precipita;
Y da de mil cadáveres cubierto
El fértil campo, que de roja espiga
Doró el Mayo gentil; la rabia infanda
En los despojos míseros se ceba;
Y aclamando la bárbara victoria,
Su adusta sien corona de laureles
Con inocente sangre reteñidos;
¡Gloria por cierto de los tigres digna!
¡Cómo la aplaude el hombre, á cuyo pecho
Sentimientos tan dulces dió natura?
Desde el luciente solio, do se agotan
Las riquezas del Indo, duerme imbécil
Un monarca, de esclavos rodeado,
El efímero sueño del orgullo.
Y se llama glorioso, cuando gime,
Sin que él lo sepa, su extendido imperio,
De sátrapas facciosos devorado.
Alma beneficencia, hija divina
De la virtud, ¿do está el mortal felice,
Que siguiéndote á tí busca la gloria,
La verdadera gloria, que tú enseñas?
Mortales, atended su voz sagrada:
«Ama á tu semejante, y en silencio
Goza el dulce placer de serle útil.»
Blanda ley, que otro tiempo, mi Jovino,

En tu sensible corazón grabaste.
Ora, amigo, entre cándidos pastores
La ejercerás benigno. El alto cielo
A tu cuidado la inocencia fia.
Depósito sagrado, que inviolable
Puro le volverás; leyes, costumbres,
Igual vigor tendrán do tú rigieres.
No á la asechanza del malvado expuesta
La tímida doncella, el padre anciano
Verá segar en flor sus esperanzas
Una vil seducción, y dolorido
Descenderá al sepulcro silencioso.
El amor conyugal al casto lecho,
De numerosa prole coronado,
Presidirá con inmortal antorcha,
Y entre festivos nietos su edad larga
Gozará en paz el venerable abuelo.
¡Dulces escenas! ¡ah! tú las realiza,
Y sé feliz, haciendo venturosos.
¡Quién me diera, Jovino, que á tu lado,
Haciendo mía tan dichosa suerte,
En tus delicias mi penar trocará!
En tanto desde el Bétis te saluda
El desdichado Anfriso, que fallece
De pesares eternos devorado.
Solo tú, dulce amigo, de mis penas
Conoces la amargura, y en tí solo
Un malherido corazón descansa.
Mas tú vive dichoso, y tus virtudes
La dulce bendición del cielo atraigan.
En no turbada paz tus años vuelen,
Cual entre blandas flores se desliza
Oculto el arroyuelo; vive, amigo,
Al bien, á la virtud; la amistad santa
Reine por siempre en tu sensible pecho.
Mas ¡oh! ¡nunca el amor, dulce Jovino,
Con sus arpones ásperos lo hiera!

XXII.

Á FILENO.

Debe gozarse del placer (1).
(1829.)

Ya, mi Fileno, desde el rubio toro
Vierte el sol joven sus calientes rayos,
Y las prisiones que forjó el invierno
Rompe de nieve.
Sobre guijuelas resbalando corre,
Gloria del valle, ondisonante el río;
Y el nuevo césped de su humilde orilla
Muerde suave.
Rie natura. Con sus flores rie
Alegre el prado y el verjel lozano.
Ya la enramada su naciente sombra
Da á los amores.
¡Cómo en las rosas jugueton se mece,
Hijo de Mayo, el cefirillo loco!
¡Cómo repite enamorada el ave
Vuelos y trinos!
Todo es contento; todo al pecho humano
Brinda delicias. El raudal sonoro,
Fragante el aire y el calor estivo,
Vida del mundo,
Un Dios anuncian, que benigno, amante,
Dando á los hombres el capaz sentido,
Para su dicha cuanto el sol colora
Próvido cria.
Una sonrisa de su augusta frente
Vertió en sus obras la inmortal belleza;
Y otra, fecunda del placer, los gozos
Alma produjo;
Cuando en la aurora del primero día,
Que brilló pura sobre el caos antiguo,
Su gloria excelsa alborozado el ángel
Dijo á los orbes.

(1) Véase en las poesías de don Félix José Reinoso (Fileno) la contestación que dió á la presente oda, que fué en su tiempo muy celebrada. (Nota del Colector.)

¡Ah! ¡por qué el hombre, del orgullo esclavo,
Sigue una sombra de virtud fingida,
Rebelde al cielo, y sus hermosos dones
Fiero rehusa?

Gozar no es crimen; que á gozar convida
Quien dió tan fácil el placer divino,
Y del deseo el aguijón sabroso
Puso en las almas.

La docta frente te ciñó Minerva
De eterna oliva, y de su lauro Clío;
¡Guirnalda estéril! del amor la anude
Mirto fecundo;

Que un solo instante de delicias vale,
Cuando halagüeña te acaricie Venus,
Más que los broncos de tu nombre helado
Guarde la fama.

Y si los cantos que en sublime lira
Al aura diste del Vandalio río;
Si Eden perdido, si el saber que doma
Bárbaros odios;

Serán eternos en la edad futura,
Y á par de Herrera y Pufendorf te ensalzan
La musa ibera y la imparcial justicia,
Libre de olvido;

¡Por qué la vida que tendrán tus obras,
Tú mismo pierdes? ¡Disfrutarla esperas
Cuando, en la tumba, inútil gloria halague
Yerta ceniza?

Goza, Fileno; si el error austero
Templó en su nieve tus fogosos años,
Las raras canas que en tus sienes brillan,
Cubre de rosas.

Harto ya hiciste por los hombres; vive
Algun momento para tí. Dispensa
También Apolo al perezoso Octubre
Plácida llama.

SONETOS.

I.

MOISES.

Expuesto fué del Nilo en la corriente
El que á Israel intrépido acaudilla,
Borrando de la faz la vil mancha
De esclavitud á su oprimida gente;
Y al rey, que en la niña tierna, inocente,
Ensangrentó la bárbara cuchilla,
Con vigor celestial hiere y humilla,
Y sepulta en el piélago inclemente.
Así necios los míseros tiranos,
O mandan que no nazca el pensamiento,
O que, si nace audaz, al nacer muera.
Más oculto se expone á los humanos,
Y crece, y llega el vengador momento,
Y al déspota sumerge la onda fiera.

II.

ORÉSTES.

Dirige, Atrida, un númen enemigo
Tu puñal, entre víctimas errante;
Y sangre brota abierto y palpitante
El seno, que aunque aleve, fué tu abrigo.
De venganzas argivas ya testigo,
Huye el sol; arde en ira el gran tonante,
Y no despidió el rayo devorante
Por darte igual al crimen el castigo.
Vive, y vive á las furias entregado;
Que de tu madre el adulterio feo
Y el hierro infando á tu maldad no alcanza;
Y entre cuantos delitos han manchado
La casa infame del horrendo Atré,
El delito mayor es tu venganza.

III.

ARÍSTIDES.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,
Porque el nombre de justo no te agrada,
De la virtud la imagen consagrada,
Gloria y modelo del linaje humano.

Pronto será, que la homicida mano
Brille, de ilustre sangre mancillada;
Y la teja, ya honrosa y deseada,
Por la cicuta trocará inhumano.

Goza Esparta sus héroes; Roma altiva,
Los triunfos y laureles prometiendo,
Su feroz prole incitará á adquirirlos;
Y Aténas sólo á la virtud esquivando.

Los varones ilustres persiguiendo,
Sabe, más que otro pueblo, producirlos.

IV.

DEMÓSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¡por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?
Trasíbulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas.

De tu sublime voz la patria llenas;
Brillan asta y arnes contra el tirano;
Mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¡quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes;
Que á un pueblo turbulento y corrompido,
¡Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

V.

FOCION.

¡Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?
¡Ay! ese anciano, que á la muerte envías,
Por sus hazañas numeró sus días,
Y te dió en cada hazaña una victoria.

Con él morirá Aténas; y tu gloria,
Que sólo en sus virtudes sostenías,
Se enterrará con sus cenizas frias,
Y en su suplicio acabará tu historia.

Quando hubo en tí valor, no lisonjero
Demandaste cual inclitas mercedes
Tu misma sangre á un bárbaro tirano;

Y esclavo ya del macedonio fiero,
Libre y grande te juzgas porque aún puedes
Dar muerte al más ilustre ciudadano.

VI.

VIRGINIA.

Vuela, Virginia, por la vez postrera
De un padre al seno, víctima adorada;
La libertad de Roma esclavizada
Y el honor y la muerte allí te espera.

El puñal de Lucrecia otra vez hiera,
Corra otra vez la sangre inmaculada,
Y á los tartáreos dioses consagrada,
Deje, tirano, tu cabeza fiera.

La ven, y vuelven del fatal desmayo
Los tímidos esclavos, ya varones;
Que al contempler cuál mano la vertía,

La oprimida virtud súbito rayo
Rompe de los airados corazones,
Y devora la infame tiranía.

VII.

MARCO BRUTO.

¡Pensaste, oh Bruto, que á nacer volviera
La libertad do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?

¡De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir; mas no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impía,
Tienen ya esa corona, que aborreces.

¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¡Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

VIII.

ROMA BAJO LOS CÉSARES.

Pan y circenses pide el pueblo fiero,
Que sometiendo á su constancia el hado,
Al pié del Capitolio vió postrado
Al peno, al galo, al griego y al ibero.

Pan y circenses pide; y el que entero
No temió á Anibal junto á Roma armado,
Aprende, de sus triunfos ya olvidado,
A obedecer á un déspota altanero.

Mas de aquella pobreza, que dió leyes,
De aquel valor, fatal á los humanos,
Que hizo temblar los pueblos y los reyes,
Conserva, aún degradado, las señales;

Y así tan sólo pide á sus tiranos
Breve alimento y juegos funerales.

IX.

TITO.

Aquí yace el gran Tito, que elegido
Para colmar la tierra de alegría,
Del trono desterró la tiranía,
Y venerado fué sin ser temido;

Y aunque el cetro, á sus manos concedido,
Hasta el linde del orbe se extendía,
Igualó el cetro la virtud, y el día
Que no hizo un bien, lloró como perdido.

El hierro destructor la Parca esgrime,
Y sus floridos años inclemente
Lanzó al abismo del sepulcro helado.

Mas el amor universal lo exime;
Que jamás morirá quien justamente
Delicia de los hombres fué llamado.

X.

MARCO AURELIO.

A tí, sublime Aurelio, que el romano
Venera entre sus dioses por primero,
He de cantar; á tí, del orbe entero
Padre, moderador y ciudadano.

Tú á Roma, herencia siempre de un tirano,
Registe, á todos blando, á tí severo;
El cetro de Neron sañudo y fiero
Fué adorable y benéfico en tu mano.

Y acusando las bárbaras crueldades
Que el poderío y la ambición maquinan,
Tu nombre irá diciendo á las edades

Que sólo imperio justo y justas leyes
Hay donde los filósofos dominan
O donde son filósofos los reyes.